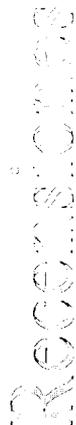


“THE COLONIAL LEGACY IN SOMALIA. ROME AND MOGADISHU: FROM COLONIAL ADMINISTRATION TO OPERATION RESTORE HOPE”

PAOLO TRIPODI

MACMILLAN, BASINGSTOKE AND ST. MARTIN PRESS, NEW YORK, 1999. 219 PP.



POLÍTICA

The Colonial Legacy in Somalia es el resultado de una investigación doctoral llevada a cabo por Paolo Tripodi, profesor de la Universidad Católica, especialista en estudios estratégicos. Se trata de un completo estudio histórico y político de la relación entre Somalia e Italia, desde los inicios de la colonización europea de África hasta el final de la operación *Restore Hope*, que la ONU llevó a cabo en 1992-1993 en este país del Cuerno de África.

HISTORIOGRAFÍA

Según el autor, pocos han sido los estudios de calidad publicados por italianos en el área de la historia colonial de ese país. Hasta hace poco, presentaban un claro sesgo colonialista, y luego neocolonialista. Después de la derrota de Italia en la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo imperante y la falta de investigaciones limitan los avances en un ámbito que es causa de controversia, tanto en Europa como en los continentes en fase de descolonización.

No es sino hasta los años 80 que el debate logra salir de los sesgos que lo habían acongojado. Estos sesgos, muy comunes en los países colonizadores, son: el dolor de la pérdida, la amnesia generada por episodios poco gloriosos (empezando por la derrota de Adua en 1896) y la poca voluntad de “enfrentar uno de los temas más delicados de la historia nacional” (p. 10). Además, en ese momento, el acceso a los archivos relativos a la Administración Italiana en Somalia (fondo AFIS, *Archivio Storico Ministero Affari Esteri*) abrió nuevas pistas a los estudiosos de la colonización italiana.

A fines de la década, investigadores italianos y extranjeros logran darle un nuevo impulso al tema, cristalizando su análisis en torno a dos enfoques:

- un enfoque más bien pesimista, que “tiende a subrayar los peores aspectos del colonialismo y su impacto negativo sobre las poblaciones locales”
- otro, que “tiende a ser objetivo y que por lo tanto no condena siempre el colonialismo” (p. 11)

Negándose a tomar partido entre los dos bandos, el autor plantea un punto de vista más global, basado en los archivos que cubren el periodo estudiado y en una serie de entrevistas a oficiales que han servido en las fuerzas de la UNOSOM. La meta de este trabajo es entregar una visión general e histórica del problema de la colonización y posterior descolonización de Somalia, en relación con la política colonial, la política exterior de Italia y con la especificidad del pensamiento italiano en este ámbito.

EL COLONIALISMO ITALIANO

Comparada con las políticas de colonización de las potencias europeas, la colonización italiana ha sido más bien tardía, pues cuando entró a la carrera imperialista, en la década de 1890, ya estaban constituidos los imperios británico, francés y belga. Alemania también había afirmado sus pretensiones, dejando a Italia territorios de menos valor, en términos de recursos y ubicación geopolítica. La colonización italiana fue más bien política que económica, mientras las demás potencias buscaron en África y en Asia un nuevo impulso para sus economías, a través de nuevos mercados de materias primas. Cabe subrayar, en el caso italiano, que la colonización económica ha sido limitada, debido a la falta de capitales en la metrópoli. Tanto Italia como Japón son buenos ejemplos del colonialismo de las potencias pequeñas.

En los años 1870-1880, cuando las potencias europeas ya iniciaron la carrera colonizadora, Italia está volcada hacia su proceso interno de unificación, sus problemas políticos y de identidad. La presencia de Italia en África, al igual que la mayoría de los países europeos, se concreta por medio de las compañías de navegación y sus asentamientos en las costas del continente, así como por medio de las sociedades geográficas. En 1882, el Parlamento italiano reconoce el primer asentamiento político en Assab. Esa zona no es muy rentable económicamente, pero aparece como una compensación frente a la creciente presencia francesa e inglesa en el norte de África, donde Italia tenía ambiciones. Su debilidad no le permite concretar sus planes de dominación. Su ausencia en las negociaciones preliminares de la Conferencia de Berlín (1884-1885), donde las potencias europeas se repartieron los extensos territorios africanos, demuestra esta frágil posición. Sin embargo, en ese mismo período, la consolidación política en Italia la obliga a reforzar su presencia colonial, facilitada por un acercamiento con Inglaterra.

Hacia finales del siglo XIX, y a pesar de sus límites, la expansión en el Cuerno de África aumenta el prestigio de Italia. Significa también una posible solución al crecimiento demográfico en la península. El Tratado de Wichale de 1889 significa el primer momento de la expansión territorial, la creación de Eritrea en 1890 y la voluntad italiana de colonizar Etiopía.

En el mismo período, los italianos se instalan en Somalia, siguiendo una política distinta de la llevada a cabo en Etiopía y Eritrea, al sacar provecho, junto con Gran Bretaña, del ocaso del antiguo reino de Zanzíbar. Cabe señalar que en esta zona la pacificación no se hará efectiva sino hasta el período del fascismo de Mussolini. Claramente, la política de colonización italiana enfrenta problemas recurrentes, tales como la falta de capital para desarrollar una infraestructura agrícola básica, malas comunicaciones y transportes insuficientes. A raíz de esta política de expansión, la tensión entre Italia y el emperador de Etiopía se hace cada vez más presente y desembocará en un conflicto desastroso para los italianos: su derrota en Adua, en 1896, refleja la falta de estabilidad económica de la metrópoli, así como su falta de organización militar en las nuevas colonias. Adua es la primera derrota significativa de un ejército colonial. Para Italia, significará un claro receso en la política exterior del país, incluso en Somalia. Además, dará paso a dos corrientes de opinión antagonistas en la península: una anticolonialista y otra nacionalista.

Hasta los años 20, este retraimiento se agrava con la multiplicación de los problemas domésticos en la península. Sin embargo, el creciente nacionalismo será el motivo de la conquista de Cirenaica y de la Tripolitana en 1911, mediante acciones contra el Imperio Otomano decadente. Revive también del antiguo interés de los italianos por controlar parte del Mediterráneo, frustrado hasta el momento por la expansión francesa e inglesa en el norte de África. Italia aprovecha este empuje colonizador para consolidar su poder en Eritrea y Somalia, al mejorar el funcionamiento de la administración local. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial frustra nuevamente los planes de los italianos para ganar territorios a expensas de la derrota de Alemania en el conflicto europeo.

El ascenso de Mussolini al poder en 1922 no significa cambios drásticos en la política exterior del país sino hasta los años 30, pues nuevamente los problemas domésticos acaparan toda la atención de la administración fascista. Además, la situación internacional no favorece nuevas intervenciones. No obstante, la administración en las colonias se vuelve más dura, en especial en Libia, frente a la resistencia árabe. El interés del fascismo por la Cuenca del Mediterráneo motiva el aumento de su presencia en Libia. Además, el crecimiento demográfico en la península justifica nuevos asentamientos en África.

La invasión de Etiopía fue decidida en 1934, en un momento en que Mussolini necesitaba consolidar su poder, menguado por la oposición de las clases medias, a raíz de la crisis económica de los años 30. También influyeron en su decisión consideraciones de política exterior. La invasión de Etiopía en 1935, seguida por una represión cruda, consagra la dominación italiana en la zona del Cuerno de África, con la posesión de un territorio tan extenso como el que Gran Bretaña o Francia controlan en el continente negro. Las ambiciones italianas en el Mediterráneo se ven consolidadas por este éxito.

La Segunda Guerra Mundial terminará con el sueño imperial del fascismo, en especial en el momento de la conquista de Somalia por los británicos en 1941 y la derrota de las tropas italianas en las colonias del norte en 1943. Las comunidades italianas quedan sin representación oficial, hasta que los ingleses toman posesión del poder. Además, se enfrentan al naciente nacionalismo de las poblaciones originarias, en especial en Somalia, lo que desencadena repetidos ataques contra las poblaciones italianas.

EL PROCESO DE DESCOLONIZACIÓN

En 1950, la Italia democrática recupera la administración de Somalia. Sin embargo, su misión se limita a llevar al país a la independencia en un plazo de 10 años, bajo vigilancia de la ONU y mediante la creación de estructuras políticas, económicas, educacionales y de salud pública que permitan el autogobierno. Una de las principales dificultades a las que se enfrenta es el complejo sistema de clanes y subclanes, al que los administradores italianos no habían prestado atención durante el período colonial. Basada en relaciones de parentesco, la sociedad somalí tradicional tiene poco parecido con las estructuras políticas occidentales legadas por el colonialismo. La división en clanes se refleja en el sistema de partidos numerosos y se dedican a la conquista del poder, uno de los rasgos tradicionales del clanismo. La *Amministrazione Fiduciaria Italiana in Somalia* (AFIS), es decir la administración italiana establecida por mandato de la ONU para llevar a cabo el proceso de descolonización, se enfrenta entonces a las divisiones entre los partidos, además de la intransigencia de las comunidades italianas, que no aceptan la descolonización del país.

En el ámbito económico, la situación de Somalia está muy ligada a la reconstrucción de la Italia posguerra, pues la AFIS no recibe suficiente dinero para mantener las costosas estructuras administrativas y militares italianas en el país africano. Pese a todo, uno de los logros de esta entidad es la creación paulatina de instituciones somalíes, además de establecer relaciones cada vez más estrechas con la Liga de la Juventud Somalí (SYL, nacida en 1943), cuyo componente antiitaliano es muy fuerte.

Las elecciones de 1954, los primeros comicios democráticos de la historia del país, son un momento importante en el doble proceso de somalización y democratización, en el que la somalización de la economía es uno de los puntos más problemáticos. La SYL gana las elecciones, acelerando el proceso independentista. Sin embargo, las debilidades de la gestión italiana, en especial en el ámbito económico y en la falta de reconocimiento de las divisiones y rasgos culturales somalíes, limitan claramente la posibilidad del país para entrar armoniosamente en su período de independencia. Cabe señalar que tampoco se han solucionado los problemas fronterizos con Etiopía, lo que llevará a conflictos posteriores.

A mediados de los años 50, la AFIS transfiere paulatinamente su poder al Consejo Territorial, concretando el traspaso de autoridad a instituciones somalíes. Sin embargo, este proceso marca una nueva separación entre la "antigua Somalia, tribal, tradicionalista, pastoral, fuertemente ligada al pasado y a su etnicidad y religión", y la "Somalia moderna en fase de desarrollo, sus trabajadores, en las ciudades y los pueblos pequeños" (p. 78, citando a M. D'Antonio, *La costituzione Somala*, 1962). De esta dicotomía, nace uno de los mayores problemas de la descolonización en el continente africano: la inadecuación entre las nuevas estructuras políticas o económicas y las culturas locales, en especial respecto a la cultura de los clanes y al nomadismo. Esta inadecuación refleja la visión negativa que tienen los colonizadores de las culturas autóctonas.

Las elecciones de 1956 abren el paso a la creación de un Estado independiente, gracias a la elección de un gobierno somalí, desembocando en la redacción de una nueva constitución, promulgada en 1960. No obstante, la presencia de una mayoría de italianos en el

Comité Técnico encargado de la redacción significa que la nueva Carta es muy parecida a la de Italia, sin consideración por su impacto sobre los clanes. Cabe señalar que la promulgación de una ley electoral viable también trae recurrentes tensiones entre la SYL y los partidos de oposición, además de los problemas generados por la falta de libertad de expresión, por la represión contra la oposición y por la falta de fiscalización de las actividades de la SYL. Efectivamente, la SYL adquiere cada vez más fuerza en la vida política del país.

A finales de los 50, el ejército somalí asume la autoridad del mando militar en el país, al retirarse el *Corpo di Sicurezza*. En 1959, la somalización está completa. En lo que se refiere a la política exterior, Italia asume un papel ambiguo con relación a los problemas fronterizos entre Somalia y Etiopía. Para preservar sus buenas relaciones con ambos países, aplaza la búsqueda de una solución, dejando abierto uno de los principales temas de litigio entre Mogadiscio y Addis Abeba. Por otra parte, el proyecto de Gran Bretaña de unificar Somalia y Somaliland bajo la protección de la Commonwealth choca con los intereses de las potencias europeas presentes en la zona: Italia, sin duda, por temor a ver reducida su zona de influencia, pero también Francia. Además, Etiopía se niega tajantemente a que se cree un Estado fuerte cerca de sus fronteras. El proyecto inglés no se concretará, pero la unión entre Somalia y Somaliland parece cada día más cerca. Sin embargo, no se vislumbra a principios de los años 60 ninguna posibilidad de crear una Gran Somalia, que uniría todos los territorios habitados por poblaciones somalíes, aun cuando haya en esa fecha un movimiento pansomalí.

En el plano económico, una de las metas prioritarias es lograr la autonomía agrícola, gracias al cultivo del plátano, además de industrializar el país. Sin embargo, Somalia es pobre y dependiente, a pesar de la inversión extranjera, que es poca, debido a la inestabilidad política. Gran parte de la economía sigue en manos de la reducida comunidad italiana. Las razones del fracaso son variadas: la poca preparación de la AFIS, su falta de visión, el poco tiempo que dispone para reorganizar el país, la estructura de la propia economía somalí, la poca inversión pública, la caída de la producción de cuero y de algodón, que lleva Somalia a depender de la monoproducción frutícola, así como el mayor precio del plátano somalí en el mercado europeo, en comparación con el precio de esta fruta proveniente de otros países africanos. El primero de julio de 1960, Somalia accede a la independencia. Sin embargo, ese mismo día, protestas contra la SYL organizadas por la oposición, terminan en motines.

Los investigadores tienen opiniones divergentes sobre los logros de la administración de la AFIS. Una opinión común es que la estructura política legada por la administración italiana no estaba del todo enraizada ni en la población ni en la cultura somalí. Por su parte, el autor estima que: "Al principio del mandato, Italia todavía era una república muy joven y carecía del peso necesario para iniciar un proceso de democratización en un país subdesarrollado. Más problemático aún era el compromiso de Italia de establecer una base sólida para la economía de Somalia" (p. 103). Esta tarea estaba menguada por las preocupaciones internas de Italia, su poca capacidad económica y por la presencia ya limitada de la colonia italiana en el país africano.

LOS AÑOS POSTERIORES A LA INDEPENDENCIA

La debilidad, tanto política como económica de la nueva Somalia, genera una gran inestabilidad, reforzada por la falta de entendimiento con la región del ex Somaliland, de colonización inglesa. El acuerdo informal de unificación favorece al sur, en virtud de la repartición clásica de las poblaciones y por ende del poder. Esta lleva a la creciente oposición del norte y la creación, en 1963, del Congreso Nacional Somalí (SNC), cuya meta es contrarrestar el poder de la SYL. Hacia finales de la década, el sistema partidario somalí se vuelve rígido en torno a la SYL y termina siendo dominado por un solo partido.

En el ámbito de la política exterior, la insistencia de Somalia en unificar las poblaciones somalíes de la región crea tensiones con sus vecinos y lleva al gobierno a pedir ayuda a Roma para aumentar su capacidad bélica. Luego de la negativa italiana, Somalia negocia con Moscú, hecho que enfriará aún más las relaciones entre Somalia y Etiopía, abriendo un periodo de hostilidad entre los dos países, el cual finalizará solamente en 1988, con la firma de un tratado de no-agresión.

A finales de la década, la violencia (asesinato del Presidente de la República en marzo de 1969), la corrupción y la ineficiencia de las instituciones preparan el terreno para el golpe de Siad Barre en octubre de 1969. Planteándose como el inicio de una revolución de tipo "socialista científica", este golpe gana gran parte del apoyo popular y significa el fracaso de la administración italiana de asegurar un traspaso democrático del poder al nuevo Estado somalí. Sin embargo, Italia apoya casi de inmediato el nuevo régimen, gracias a las simpatías que despierta entre la izquierda italiana.

El nuevo gobierno logra mejorar el funcionamiento del Estado, en especial la estructura de servicios sociales y educacional, con el apoyo de Italia, quien intenta limitar la influencia de la Unión Soviética sobre su antigua colonia y sobre los países vecinos (en especial Etiopía) y mantener la suya, sin rendirle tributo a los Estados Unidos. La presencia de las dos superpotencias en la zona del Cuerno es un factor de inestabilidad y la ascensión al poder de Menghistu en Etiopía agudiza las tensiones con Somalia. Las constantes tensiones entre los dos vecinos desata la guerra de Ogaden (1978), donde Somalia sale derrotada. Este episodio significa a la vez una pérdida de prestigio para Siad Barre, y un aumento de su control sobre el país, desplazamientos de población y frustración de parte de los militares, además de la entrada en un nuevo ciclo de violencia política.

Solamente a partir de finales de los 80, las relaciones exteriores de Italia con el Cuerno mejorarán de manera sustancial, tanto a nivel financiero (en especial mediante la ayuda que Italia provee a sus socios) como a nivel político, debido, entre otras cosas, al fin del acuerdo histórico entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista. Sin embargo, se seguirán manteniendo dos líneas en la política exterior italiana, a causa de las opciones propias de la DC, y del Partido Socialista, que apoyan a Addis Abeba y a Mogadiscio respectivamente, llegando nuevamente a usar su apoyo económico como herramienta política. Por su parte, el Partido Radical italiano se opone a esta política que considera mal dirigida y que avala de cierta forma las violaciones de los derechos humanos cometidos bajo el régimen de Siad Barre.

En 1985, estalla una guerra civil, que hundirá al país, desagregará el Estado y sus instituciones. A principios de los 90, la destrucción y la hambruna se han apoderado de Somalia.

A comienzos del conflicto, Italia es el único país que sigue apoyando a Siad Barre, hasta que las graves falencias del régimen la obligan a buscar la democratización de su ex colonia, lo que abre en una fase de enfriamiento mutuo y rápido entre los dos países. Poco después, la caída del dictador, lejos de resolver los problemas que acongojan al país, reabre la lucha entre clanes, echando por el suelo los esfuerzos de mediatización de la diplomacia italiana e incluso llevando a cuestionar nuevamente la política exterior de la ex metrópoli hacia su antigua colonia en las últimas décadas. Queda claro que la ayuda y la cooperación no llegan a los sectores necesitados, por la corrupción tanto en la península, como en el país africano.

LA INTERVENCIÓN HUMANITARIA

En 1992, la operación humanitaria *Restore Hope* logra establecer un cese el fuego, bajo la autoridad de la UNOSOM (*UN Operation in Somalia*), cuya llegada es considerada como tardía, pues la situación en el Golfo y en Yugoslavia acapara la atención de las potencias. Como lo subraya el autor: "Somalia representó el primer compromiso de mantención de la paz de importancia de la era posguerra fría, una nueva generación de mantención de la paz, nunca probada hasta el momento" (p. 140), debido al nivel de violencia del conflicto y a la necesidad de terminar con la guerra civil y el hambre. "Somalia caracteriza el paso de una visión tradicional y consolidada de no intervención hacia una intervención humanitaria llevada a cabo mediante un fuerte elemento militar. Este paso será doloroso, tanto para las poblaciones locales, como para las fuerzas de intervención" (p. 141). El pasado neocolonial, tanto de Italia como de Estados Unidos, complica su participación en la operación, cuya meta es permitir la repartición de la ayuda humanitaria y a la vez favorecer el proceso de reconciliación nacional, además de reabrir la estructura básica de asistencia del país. Sin embargo, los años de odio y de guerra civil, agudizados por acciones de parte de minorías contra los Cascos Azules, impiden en gran parte el cumplimiento de la misión de la ONU en un plazo corto. A finales de 1993, finaliza *Restore Hope*, reemplazada por UNOSOM II. El mal manejo de la operación y el aumento de las tensiones entre Estados Unidos, cuya campaña de represalias lo convierte en un beligerante más del conflicto, e Italia que quiere limitarse a la misión humanitaria, como la mayoría de los países europeos, dificultan el desenlace de la intervención en Somalia. Se ponen al descubierto las contradicciones de este tipo de operación, en especial las divergencias en los mandos y en las metas de política exterior de cada país involucrado en la operación. La situación llega a tal punto de degradación que hacia finales de 1993, se planea la salida de las tropas de la ONU, dejando en el lugar tropas africanas y asiáticas.

Para Italia, su participación en la operación es una plataforma para reafirmar su compromiso con el Cuerno de África en la década del 90.

Este libro presenta un impecable trabajo histórico, que mantiene siempre el hilo de las relaciones entre Somalia e Italia. Resalta la compleja relación entre los dos países, influenciada por la presencia en el Cuerno, tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, conformando una compleja jugada diplomática. Quizá la constante de esta relación es la voluntad de Italia de "transformarse en la potencia mediana con más influencia en el Cuerno de África" (p. 136). También ahonda en la importancia y relevancia para

la ONU de la operación humanitaria que se intentó llevar a cabo en Somalia, como una de las primeras intervenciones de los 90, donde restablecer la paz significa recurrir a las armas. En esta operación, Italia defendió una visión propia de las intervenciones humanitarias, la que sentó un precedente para las intervenciones posteriores.

EMMANUELLE BAROZET

Octubre del 2000